

El Callejón del Diamante

Jesús Vicente García



I

Lo decidimos en el Café de Tacuba, en medio de una estudiantina que viste al estilo español —no muy representativa de lo mexicano—, que apenas y nos permite escuchar lo que por razones de decibeles elevados tenemos que gritar: vámonos fuera de la ciudad. ¿Neza? No. Ixtapaluca. No. Más allá, un poco más. Texcoco. Puebla. ¿Veracruz? Los músicos callaron después de hacer trizas algo de Armando Manzanero. ¿Solos? —Sí. Malena está en curso. Ella nos alcanzará donde sea que vayamos. ¿Vas a invitar a Mayú? —A Basilio le brillan los ojos, guarda silencio. Bebe lo último de su café americano. Me ve de arriba abajo— Es que no te he dicho—.

Sonreímos. Le palmeo la espalda y lo abrazo. Pero no pasa nada, afirma. Veracruz, ¿Puerto? Xalapa, dice.

—Tengo una amiga allá. Bueno, no es mi amiga amiga todavía. La conocí por el *féis* y es periodista. Le comenté que quizá íbamos a ir. Me dio hasta su cel.

II

Decir sí, salir del Café de Tacuba, abordar un pesero sobre Bolívar y cada quien preparar su mochila, fue cosa de un rato. Rumbo a la TAPO, la ciudad nos despide en taxi y con un diluvio, el asfalto parece diamante tirado. No hay boletos de la ADO, nomás AU, para salir ya, en una hora, y además más barato. Órale. Camión sin baño, sin monitores para ver películas. Parece que los únicos raros somos nosotros; todos se conocen entre sí. Se pasan refrescos y frituras de un asiento a otro, se toman *selfies*, se envían *watsapazos*, *feisbucazos*, suben fotos y, lo peor, escuchan música sin audífonos. A nuestro lado, una señora joven pone una balada grupera de lo más guarra y asquerosa, y todavía la canta. ¿Quién puede enamorarse con esas rolas?, cuestiona Basilio casi en susurro. Pues tú. Me da un codazo. Para colmo, antes y durante la entrada a Perote, la hija de la susodicha hace un berrinche; quiere que la mamá grupera le



preste su celular grupero. ¿Para qué quiere un cel una niña de tres años?, vuelve a preguntarse Basilio. Y la mamá se queja con su hija mayor, una quinceañera escuálida, de que el papá mima a la peque y por eso es caprichosa. El rostro de Basilio es de franco hartazgo, el mío también, sólo que yo me pongo a leer la novela en turno antes de que oscurezca (sentarse hasta atrás y en medio implica no tener acceso a la luz, son verdaderos muros en contra de la lectura). En Perote se baja la señora con su hija que, a lo lejos, sigue berreando, en tanto, tenemos que oír su voz que martiriza, su voz que acaba de un tajo la tranquilidad de cualquier pasajero hacia cualquier parte. Ya no llueve. El cielo ilumina el camino. El clima es sabroso y hasta al viento huele a sorpresa, a algo de trópico.

III

Ya se ha mensajado con su amiga feisbuquera, Laura Haddad. Yo me quiero ir a un hotel. Abordamos un taxi al centro, junto al palacio de gobierno. Tengo hambre. Nos deslumbra la ciudad sinuosa. Los centros comerciales los están cerrando. Todo brilla. A un lado de la catedral, unos jóvenes filman. Se respira arte. Basilio pregunta por el Callejón del Diamante. Vemos que hay calles angostas, curvadas, atractivas. Sobre la principal, junto a un pasaje comercial, está el famoso Callejón. Buscamos La Sopa, lugar en que tocan música huasteca. Casi todo cerrado. No encontramos nada. Insisto en que tengo hambre. Nos metemos al Vips. En plena cena, Basilio habla por cel y en un santiamén llega una mujer joven, de cabello negro, piel blanca, con una blusa que parece hecha a mano, y su rebozo. Toda sonrisa. Es Laura. Platicadora y conocedora de Xalapa. Vamos al Callejón del Diamante, en donde está La Sopa. Ella

pide una tostada y nosotros un par de cervezas. Basilio se muestra muy platicador e interesado por las cosas que nos dice Laura: la forma de ser y hablar de las regiones, los jarochos del puerto y los xalapeños de Xalapa, la forma en que el turismo sólo habla del carnaval de Veracruz como si no hubiese otra cosa.

Veracruz, en palabras de Laura, es un paraíso turístico. Ella no se deja llevar por la pasión, cuestiona la política, los gobiernos, la proyección que hacen del estado los medios de información; tiene una amplia cultura acerca de la historia contemporánea de Xalapa. El fondo musical de huapangos inyecta vida y ganas de bailar; ni Basilio ni yo tenemos esa virtud. Laura dice que sí le entra al zapateado, aunque en La Sopa hay poco ambiente, porque seguramente los demás músicos y parroquianos se fueron al encuentro de las huastecas a Tepetzintla.

De noche, Xalapa es muy distinta a la ciudad de México. Podemos caminar a altas horas de la noche. La seguridad es una especie de luz interna. Basilio se preocupa por Laura, es media noche, está lejos de casa y tiene que regresar. “Tomo un taxi ahorita. Tranquilo”. A ella no le importa. Vamos al bar de una amiga suya. Cerrado. Andamos por esas calles con subidas y bajadas durante dos noches bien sabrosas. Nos lleva a La Chiva, una cantina-café, con una escenografía de lo más casual y casero, y no supimos la historia del lugar o del nombre, pero sí parece una casa de estudiantes o de solteros, en donde uno deja sus chivas en cualquier lado: unas cajas arriba del clóset, los discos en una mesa, unos libros en algún librero. Bebemos un café con canela. Ahí se puede fumar, aunque poca gente lo hace. Puros chavos de menos de treinta años, todos universitarios. Salimos y caminamos, pasamos por la primera escuela normal que hubo en México, ahí estudió Laura la

primaria, ahí se generaron movimientos magisteriales importantes, y en esa misma calle, abajo, está un café en el que se reunían los estridentistas en los años veinte. Sobre Xalapeños Ilustres recorreremos las cinco librerías que hay.

—¿Quieren conocer la casa de Sergio Pitol? —Laura nos mira a los ojos nomás para ver qué cara ponemos. Sí, por supuesto. Vamos, decimos.

Una casa amarilla, puertas café, arriba ventanas de madera. Sacamos fotos. Nos dice que hasta hace unos años se podía ver al maestro caminar con sus perros, ir por el periódico y recibir a sus amigos escritores. Basilio admira mucho la narrativa de Pitol. Él sí ha leído su obra. Es una sorpresa saber que estamos frente a la casa de uno de los mejores prosistas de México. Eso merece un café.

Conocemos el Paseo de los Lagos. Al bajar una calle, desembocamos a una explanada y el mundo se abre, a la izquierda un lago grande, a la derecha una avenida de dos carriles, cafés y cantinas, es un paraíso. Basilio es quien me hace notar algo: tienen su casa del lago, escuela de cine, de periodismo, de diseño, de arte. Xalapa está lleno de arte. En las paredes hay grafitis espectaculares, algunos parecen de ciencia ficción, otros son íconos revolucionarios, símbolos de protesta. Se respira lo visual, incluso en el camino a la central de autobuses hay paredes coloridas y publicidad de escuelas de comunicación y periodismo, y más y más jóvenes en sus calles.

En el Callejón del Diamante, en la entrada, hay algo que a Basilio y a mí nos deja pensando: la historia del lugar —que es una calle larga, cual sierpe, con cafés, con artesanía—. Una criolla y un español, ambos guapos, se aman. Él le da un anillo de diamante negro, cuya característica es que aumenta el amor entre los desposados, pero descubre la infidelidad de la mujer. En un viaje del esposo, ella tiene sus amores con el mejor amigo de aquél. Ella, por miedo a ser descubierta, deja el anillo en la alcoba en donde estuvo. Al llegar el marido visita a su amigo, entra a su habitación, lo encuentra dormido y ve en el buró la sortija. Va con su esposa, le besa la mano y descubre que no la lleva puesta, ello confirma su infidelidad, la mata con una daga en pleno corazón y se va para nunca saber nadie de él.

¿Y por qué no mató al amigo? ¿Quién tuvo la culpa? El miedo tuvo la culpa, dice Basilio, el anillo no tenía poderes de nada; el miedo y la culpabilidad la hicieron perder la vida.

Laura nos regala quizá las dos mejores noches turísticas que hemos pasado Basilio y yo. Tomamos café veracruzano y hasta cerveza alemana. Caminamos calles solas y seguras, aún limpias, gente respetuosa, leyendas, historias. Desayunamos en La Fonda, ubicado en el mismo Callejón del Diamante. Recibo la llamada de Malena. Ya está en la terminal de Xalapa. Vamos por ella, nos esperan todavía algunos días de andar en este peregrinar de conocer las calles, las personas, el puerto, el café La parroquia, los yates, el calor; seguimos hablando de la calle donde vive el maestro Pitol y la historia del diamante; yo digo que sí tiene virtudes el anillo, Basilio dice que no, que fue puro miedo y sugestión, como nos dijo Laura acerca de la brujería: es cosa de meterle miedo a la gente, “nomás échale tierra o sal en la puerta de la vecina que más te caiga gorda y verás si no se calma, empezará a tener miedo”. Tiene razón. Los diamantes negros pueden brillar por sí mismos, al igual que una ciudad con arte, que ilumina como las historias al contarlas, y seguramente eso haremos en la ciudad de México, en el mismo Café de Tacuba, pero sin esa estudiantina que no deja escuchar y no brilla como esas noches xalapeñas. **▲▲**

